

LAS RUINAS DE TEBAS

Y LOS OBELISCOS DE LUXOR.

Pocos son los que saben que el pueblecillo de Luxor ó Lousor, de donde sacaron los ingenieros franceses el obelisco que condujeron á su patria, está construido sobre las ruinas de la famosa ciudad de cien puertas, cantada por Homero con el nombre de Tebas y designada en la Biblia con el de la *populosa Ninive*. Cuando los franceses penetraron en Egipto, en aquel pais tan rico en maravillas de historia y de arqueología, que diez siglos de barbarie habian tenido cerrado á los viajeros de la Europa civilizada; cuando despues de haber saludado las pirámides con una victoria llegaron al sitio que ocupaba la antigua Tebas, quisieron llevarse con las banderas enemigas algunos fragmentos de aquellas magníficas ruinas, pero entonces interceptaba toda comunicacion marítima la guerra con Inglaterra. Treinta años despues trajo la paz sin obstáculo uno de los monumentos que el egército de Egipto queria traer entre sus bagages.

Tebas, segun algunos mitólogos, fue edificada por Osiris, uno de los grandes dioses de Egipto, hijo de Júpiter y de Niobe; segun otros, por Busiris, rey de Egipto é hijo de Neptuno, el cual sacrificaba inhumanamente todos los extranjeros á Júpiter.

Tebas tenia todavía ochenta estadios, ó unas cinco leguas próximamente de largo al principio de la era cristiana; mas esto era poco en comparacion de su antigua estension, antes que la destruyera Cambyes, pues en aquella época no tenia menos de cuatrocientos veinte estadios, ó unas diez y ocho leguas de largo. Se dice que Tebas, en los tiempos de su mayor prosperidad, podia hacer salir por cada una de sus cien puertas doscientos carros y diez mil combatientes: y segun el epitafio de Rhampses, que reinó en Egipto en el año 1553, antes de J. C., y cuyo mausoleo está representado en varias estampas en la *grande obra sobre el Egipto*, habia acuartelados en Tebas setecientos mil soldados; lo cual puede dar á conocer lo numerosa que era la poblacion de aquella gran ciudad.

En Diodoro Sículo, célebre historiador griego, contemporáneo de Augusto, se leen los siguientes pormenores: «Hemos oido decir, que muchos de los reyes de Egipto tuvieron empeño en hermohear esta ciudad con ricos trabajos de oro, de plata y de marfil, así como con una multitud de estatuas colosales, de forma que no habia debajo del sol ciudad ninguna donde se contara tan gran número de columnas de una sola piedra. Los edificios han subsistido hasta los tiempos modernos; pero el oro, la plata y todo el lujo del marfil y las piedras preciosas fueron robados por los persas, cuando Cambyes incendió los templos de Egipto. Eran tan grandes sus riquezas en aquella época, que despues del saqueo y el incendio se sacaron de entre los escombros mas de trescientos talentos de oro y dos mil y trescientos de plata.»

La estension que ocupan las ruinas de la antigua Tebas es tan considera-

ble, que basta para convencer al que las mira de que la fama no habia exagerado su grandeza. Sus monumentos yacen por tierra sobre dos cadenas de montes contiguos, al mismo tiempo que sus sepulcros llenan los valles del oeste muy lejos en el desierto. Un templo inmenso, construido al este de la ciudad, dista mas de dos leguas y media de Medinet-Abu, donde se halla el templo mas occidental. La aldea árabe de Karnac está edificada sobre una pequeña parte del sitio que ocupaba uno de estos templos.

El ilustre arqueólogo francés Denon describe así uno de estos templos: «De las cien columnas que componian solo el pórtico, las mas pequeñas tienen siete pies y medio de diámetro, y las mayores doce: el espacio en que está trazado el circuito del templo contiene lagunas y montañas; en una palabra, para poder formar idea exacta de semejante magnificencia, debe figurarse el lector lo que podria ver en un sueño. El camino que conduce desde Karnac á Luxor, en una estension de cerca de media legua, contiene á derecha é izquierda una fila no interrumpida de esfinges y otras figuras fantásticas, mezcladas con restos de paredes, de columnas pequeñas y de estatuas.

«Luxor está igualmente construido sobre el área de un templo arruinado, el cual es menos ancho que el de Karnac, pero que se halla mejor conservado, porque aun no ha desmoronado las masas el esfuerzo del tiempo unido al de su propio peso. Las partes mas colosales consisten en catorce columnas de cerca de once pies de diámetro y en dos estatuas de granito colocadas en la puerta de entrada, las cuales se hallan hundidas en tierra hasta la mitad de los brazos, y hacen frente á dos de los obeliscos mayores y mejor conservados que se conocen.»

El mismo Denon, hablando de la puerta del templo, que sirve ahora de entrada al pueblo, hace la siguiente observacion: «No puede darse nada mas grande, y al mismo tiempo mas sencillo, que el corto número de objetos que componen esta entrada. No hay ciudad que se anuncie con una avenida tan magnífica como este miserable villorrio, cuya poblacion apenas llega á dos ó tres mil habitantes, que se han alojado sobre los techos y sobre las galerías de este templo, que no por esto deja de parecer inhabitado.»

Los primeros objetos que llaman la atencion cuando se examina el palacio de Luxor son los obeliscos de una sola piedra que están colocados delante de la puerta á la distancia de unos catorce pasos. Entre los obeliscos y la puerta hay dos estatuas colosales de granito, distantes tres pasos de la puerta y ocho de los obeliscos, de forma que en el espacio de algunos pies se han reunido monumentos enormes, que cada uno de ellos, visto aisladamente, asombraria al que lo contemplara por su tamaño y su mole. Los egipcios gustaban de amontonar en un punto objetos que las civilizaciones modernas cuidan por el contrario de diseminar, para que resalten mas sus bellezas aislándolos. Podria además tacharse á sus arquitectos de la falta de simetría en la disposicion de estos monumentos, pues ni los obeliscos, ni las figuras colosales están en línea unos con otros, ni menos con la puerta.

Mas muy pronto se olvida esta falta de armonía al considerar la admirable ejecución de los pormenores, pues el arte contemporáneo no puede mostrar ningun monumento comparable con estos obeliscos. Los bárbaros que destruyeron los monumentos del alto Egipto, parece como que respetaron los obeliscos, y aunque intentaron cortar uno por su base con el objeto de derribarlo,

se vé que aun en esta profanacion cuidaron de no tocar á las figuras que lo adornan. Hállanse éstas colocadas en tres columnas; las del centro están vaciadas con dos pulgadas de profundidad, y las de los lados apenas están entalladas, cuya diferencia de relieve varía el reflejo y juego de las sombras. Los cuatro frentes presentan el nombre y prenombre de Rhamses ó Sesostris, y contienen elogios suyos y la relacion de sus trabajos. Este Rhamses es evidentemente el gran guerrero, cuyas conquistas, representadas en los monumentos del alto Egipto y de la Nubia, se extendieron á la Siria, á la Etiopia y hasta á la Grecia.

De estos dos obeliscos, el distinguido ingeniero Mr. Lebas, encargado de la expedicion científica que habia de trasladar uno á Francia, eligió el mas pequeño por estar mejor conservado y ser de mas fácil trasporte, sin embargo de que calcula que pesa ciento cincuenta mil libras. Su base entraba en la tierra á una profundidad de quince pies, y fue necesario abrir un camino ó plano inclinado desde el obelisco hasta el navio el Louxor, y cortar para ello dos montecillos de escombros antiguos, y demoler la mitad de una aldea que se hallaba al paso: trabajos inmensos, que ocuparon á ochocientos hombres por espacio de tres meses.

A la izquierda, alejándose del palacio, hay una columnata donde se hallan habitaciones turcas. Las dos alas del edificio que hay detrás de él están completamente derruidas, y daban paso á otra segunda columnata, que todavía subsiste, formada de dos filas de columnas en formas de lothos. Su altura total es de cincuenta y seis pies, su diámetro de nueve, el espacio entre los capiteles de trece y los intercolumnios de quince.

A quince pasos á derecha é izquierda de la gran columnata principian otras dos filas de columnas, cuyos capiteles imitan los renuevos de un lothos cortado: su diámetro es de cinco pies, la altura de treinta, y el intercolumnio de ocho. Esta columnata corta en ángulos rectos la otra anterior. En medio se encuentra un espacio que servia como de avenida al palacio, cuya puerta está enfrente, la cual habia sido tapiada por los cristianos, que practicaron en ella un hueco, donde estaba colocado su altar, habiéndola enlucido y adornado con figuras de santos pintados al fresco: el pórtico servia de iglesia y la avenida de nave. Esta puerta da entrada á un salon de cuarenta pies en cuadro, cuyo techo sostienen cuatro columnas. Al extremo del palacio, y sin contar otros departamentos que lo componen, hay un santuario, que se puede creer seria su capilla, adornado con hermosas pinturas.

El plan general de este edificio da lugar á conjeturar que se componia de unos sesenta cuerpos, y es forzoso convenir en que tan prodigiosas ruinas apenas permiten tachar de exageradas las casi fabulosas descripciones que nos han dejado los antiguos de la ciudad de las cien puertas. — *R. de C.*

SOCIALISMO Y SOCIEDAD.

SE asegura que un célebre diplomático decia, que Dios habia dado al hombre la palabra para ocultar sus pensamientos. Tan extraño axioma podrá tenerse un día como el que mejor caracteriza la sociedad actual. Nunca, en efecto, se vió que ciertas palabras tuvieran la influencia que tienen hoy día, para ocultar so

una engañosa apariencia, el peligro de ideas destructoras. A fuerza de alejarse de la sencillez de nuestro idioma primero, hemos acabado por perder toda franqueza y sinceridad en las espresiones; y por poco que esto dure nos veremos obligados como los chinos á comentar el sentido de cada una de nuestras palabras, si queremos que se nos comprenda; lo que seguramente puede no convenir á aquellos cuya elocuencia consiste mas bien en seducir que en convencer, en deslumbrar antes que ilustrar.

Así, para designar un sistema, del adjetivo *social* se ha hecho el sustantivo *socialismo*. El simple sentido comun indica que este sistema debia ser esencialmente social, ni tener otro fin sino el perfeccionar la sociedad, objeto laudable que deberia ser acogido favorablemente por todo el mundo, pues que todos estábamos en ello interesados.

Pero, ¡oh aberracion del entendimiento humano! hé aquí que el socialismo empieza por desechar las principales bases sobre que estriba la sociedad, niega la conveniencia de ellas confirmada por el trascurso de los siglos, y desmiente desde su origen su propia etimología. Escuchad y vereis como el socialismo quiere decir todo lo contrario que sociedad.

Esto parecerá acaso una paradoja; empero que se me siga por un solo instante, y veremos como no es tan falsa ni temeraria como parece. Transportémonos á uno de esos *falansterios* que nos describe tan poéticamente Victor Considerant, y de allí nos trasladaremos á la Icaria.

El sistema de Fourier, ó el furrierismo, sin adoptar enteramente el comunismo, solo concede al individuo el goce temporal de la propiedad, y por consiguiente tiende á destruir la familia. Bajo este punto de vista considerado, en vano han pretendido sus discípulos modificar las doctrinas de su maestro, que mas franco que ellos no transige con los errores de la civilizacion, sin que le detuviera el temor de alarmar la timidez de ciertas gente.

Es verdad que en los falansterios se toleran los matrimonios legítimos, pero con ciertas y determinadas condiciones que Fourier llama el álgebra del amor; ciencia, para él de tanta importancia, que forma una parte muy esencial de la educacion. De aquí resulta que en lugar de matrimonios tan solo encontramos *grupos*, y ni aun éstos son estables y perpétuos, separándose y cambiando de forma tan solo por *papillonear*, ó pasion de la mudanza, á la cual como á todas las demás pasiones deja en plena paz la armonía falansteriana. Por consiguiente, no es posible existan allí esos sentimientos exclusivos que dominan el corazon, echando en él profundas raices, y le ocupan enteramente, ó al menos tan solo ceden una muy mínima parte á las exigencias de la amistad.

El amor es, por naturaleza, vagamundo, inconstante, y sobre todo pasagero. Para fijarle es preciso haya un lazo, una obligacion que lo detenga, y solo por él ó por ella acaba por hacerse una costumbre del corazon que sobrevive á las ilusiones de sus trasportes primeros. El freno del deber es el que puede tan solo dar una direccion útil á las pasiones humanas, y Fourier cometió un grande error en creer que era, al contrario, un obstáculo perjudicial. El hombre no sabria ni podria hacer, sin esfuerzo alguno, nada que fuera grande, generoso y elevado, porque la virtud no es mas que una victoria ganada sobre alguna de nuestras inclinaciones egoistas. Así vemos en los falansterios que el hombre se evade de todas las obligaciones que constituyen la familia. El objeto de su vida no es mas que el satisfacer sus inclinaciones, siéndole intolerable y pesado cuan-

to contiene ó puede detener el curso de esta libertad. Además, tampoco es responsable de la suerte de sus hijos que se educan sin que él tenga en ello parte alguna, y á los cuales nada puede legar. Por eso Fourier, que sabia encontrar palabras que espresasen sus ideas, no le llama padre sino tan solo *generador*.

Destruida la familia, ¿cómo puede operarse ese desarrollo moral, primer elemento de la sociedad? En las pequeñas hordas en las cuales se hallan los niños alistados, no se desarrollan, sino los instintos que pueden utilizarse en provecho de la comunidad, sin cuidarse en lo mas mínimo de la perfeccion individual. Los niños propicios á la suciedad, principian, en el falansterio, por ocuparse en lo mas asqueroso imaginable. Este es un medio ingenioso para aplicar el instinto personal á ciertos trabajos, que sin ellos correrian gran peligro de no encontrar aficionados. Pero como medio de educacion, semejante aprendizaje no nos parece bueno sino para formar diestros limpiadores de albañales ó limpialetinas. No comprendemos, en verdad, qué ventaja puede haber en hacer vivir á los niños entre el fango, precisamente en los años en los cuales se contraen las costumbres que suelen durar toda la vida. Un cuerpo sucio y manchado se armoniza mal con la pureza del alma; y ciertamente no será entre el fango que la niñez aprenderá á tener sentimientos nobles y elevados. Al salir de su cloaca se encontrará mas ó menos deshonorada, y para la mayor parte nunca podrá lavarse esta deshonra.

Apenas llega para el jóven la edad de sus pasiones, cuando se ve rodeado de grupos que le escitan mas de lo regular. En lugar de los tiernos cuidados y el ingenioso desvelo de una madre, les presenta Fourier las lecciones de algunas coquetas depravadas, que se encargan de enseñarles el álgebra del amor. ¡Desgraciados! que ignoran lo que es una madre, cuyo cariño y amor fecunda el corazon de sus hijos, cual el calor del sol penetra en la tierra para fecundar las plantas: que no han conocido nunca la influencia bienhechora de ese ángel custodio de la familia, que con su templada y amante autoridad modera la fogosidad juvenil, le inspira confianza, y siembra en su alma los buenos sentimientos que no se borran jamás.

La adolescencia, en los falansterios, sacrifica sus mejores años á la embriaguez de las pasiones, y si su fiebre devoradora no le consume y perece, agota la energía y el vigor de sus fuerzas, aniquilando para siempre la belleza de su alma. Las pasiones no son mas que los estimulantes dados al hombre para que venza la inercia á la que naturalmente se entregaria, persuadido que el descanso completo es la suprema felicidad. Ahora bien, si satisfacemos nuestras pasiones en el momento que las sentimos nacer, ¿qué esfuerzo tenemos que esperar de nosotros mismos? Rodeado de cuantos goces y placeres apetece, ¿qué objeto tendria en trabajar ni en afanarse? La ley le obliga, me direis. Es verdad, porque aunque en el falansterio no se obliga á nadie, no quiere que nadie esté ocioso, y se cree conseguir este fin, dejando á cada cual el arbitrio de fijar ó variar á su antojo su trabajo. Pero la ley tan solo es un arma bien débil para vencer la pereza, y la libertad de eleccion que tolera tendrá por seguro resultado que toda ocupacion que requiera algun esfuerzo no encontrará nadie que le siga. La historia misma nos presenta siempre al genio en lucha constante con las dificultades y los obstáculos: sin lucha ciertamente que no se desarrollaria. ¿Qué seria, pues, de la sociedad privada de este poderoso elemento de civilizacion? Es evidente que decaeria y pereceria al momento: y su caída será tanto mas rápida,

porque disminuyendo cada día la producción y la riqueza, ora porque los individuos no tendrían interés alguno en acumularlas, ora porque creyéndose apto para todo, no será bueno para nada, el falansterio tendrá que arreglar sus gastos á sus entradas, si no quiere hacer bancarrota, y circunscribir gradualmente sus gastos exorbitantes á los estrechos límites de la vida salvaje, en la que el temor de morir de hambre es el solo móvil de la actividad humana.

Y á este estado se nos conduciría inevitablemente, si no hiciéramos caer una tras otra todas las ilusiones de esas utopías. Ni se puede dejar de reconocer, que la atracción de las pasiones tiene el grave inconveniente de no hallarse en armonía con las necesidades de la generalidad; que el placer y el trabajo son dos cosas muy distintas, que no pueden confundirse, sin el peligro de ver ocupar al primero enteramente las atenciones y el lugar del segundo. También se echará de ver, que no basta el proclamar la fraternidad para reemplazar los lazos de la familia y sus obligaciones; que el hombre es un sér esencialmente egoísta y poco sociable, en el momento que se le liberta de los deberes que le impone su responsabilidad individual como esposo, como padre y como hijo. La ficción de la responsabilidad universal no puede ocupar el lugar de estos principios basados en la naturaleza. El individualismo es uno de los caracteres del hombre: cuando se le sustituye el interés de la especie se le rebaja al nivel de los animales. La perfección individual es el objeto de nuestra existencia, y el único origen de todo progreso; y haciéndole inútil ó superfluo se quita el móvil á nuestras facultades intelectuales y morales, reduciéndonos al estado de máquinas que obedecen al impulso que se las dá, siempre y cuando este impulso sea asáz poderoso y continuo para vencer nuestra voluntad que subsiste solo al lado de nuestros instintos.

Será, pues, necesario que el falansterio busque el medio de comprimir el libre arbitrio contra los caprichos del cual se estrellará á cada paso su sistema. Para mantener la buena armonía deberá establecer una autoridad fuerte y absoluta. De otro modo sería una orquesta sin jefe, en la que cada músico tocaría á su guisa, descansando cuando le pareciese y cambiando cada cinco minutos de instrumento. ¡Digna cencerrada de los hurones y caníbales!

El deseo de mudanza en el que ha puesto Fourier toda su esperanza para combinar y variar hasta lo infinito sus grupos, acabaría por ser la pasión disolvente por esencia. ¿Qué organización sería posible con dejar á cada uno la facultad de cambiar cada dos horas de trabajo, y obedecer á los menores caprichos de su fantasía, bajo el cómodo pretexto de la atracción personal? Deberáse por consiguiente para remediar esta anarquía, adoptar el comunismo como necesario complemento del sistema, porque el freno del deber y la responsabilidad individual no puede ser reemplazada sino por el yugo de la esclavitud. El estado, único dueño de la producción, y obligado á alimentar y sostener á todos no podría por ningún otro medio vencer la inclinación natural á la pereza y al egoísmo, libre y no combatido en el hombre por sus necesidades ó las de su familia. La organización del trabajo no puede conciliarse con hacer cada uno lo que le plazca, y para convencernos, no tenemos más que trasladarnos á la Icaria de Mr. Cabet. Allí no existe el libre arbitrio, ni elección ni variedad en el trabajo. El estado es un gran fabricante que divide él mismo su trabajo en los talleres, repartiendo á cada uno su parte, de la que no puede separarse ni un solo ápice. El individuo no es más que un instrumento para el servicio de la comunidad,

debiendo hacer abnegacion completa de su propia voluntad para someterse al régimen que se le impone y que no podria subsistir en manera alguna, sin esa precisa é indispensable condicion. La ley lo prevé todo, lo arregla todo, todo lo limita y descende hasta los mas pequeños detalles de la vida: en una palabra; toma el lugar que ocupa el instinto en los animales. El icariano es considerado como menor, y como tal nace, vive y muere bajo tutela, sin que pueda cuidarse de procurarse los medios de subsistencia ni mucho menos desarrollar su inteligencia. El estado le mantiene, le educa y le forma á su placer y á propósito para el lugar que le asigna en la organizacion comunista. Esta se considera como una gran familia en la que no hay sino hermanos, pues que la autoridad paternal no es mas que la espresion de la voluntad de todos. Empero en esta ficcion como en la de la soberanía popular el poder es necesariamente absoluto, porque á lo que todos quieran no se le puede oponer resistencia alguna: es la suprema ley, fatal, é inexorable. Por esta razon el padre de la familia icariana tiene derecho de vida y muerte sobre sus hijos desde que nacen hasta que mueren. Pero, digámoslo tambien, y sea dicho en su loor, tampoco usa de este derecho con gran rigor; en Icaria no se encuentran ni cárceles ni suplicios, tan solo hay hospitales para curar las enfermedades físicas ó morales. El gobierno se limita á no dejar á sus súbditos, el menor vestigio de libre arbitrio. Su corazon paternal los tiene siempre con andadores, por temor que no se estropeen ó caigan, marchando por sí solos. El hombre no debe cuidar mas que de nacer, porque una vez venido al mundo, el estado se encarga de él con tan paternal cuidado, que corre de su cuenta hasta la manera de cómo han de llevar cosida la camisa, y de qué se ha de componer su puchero. Las abejas no están mejor cuidadas en el fondo de su colmena.

(Se concluirá.)

FANTASÍA ELEGÍACA.

Era una tarde despejada y pura
Del mas templado y delicioso estío:
El sol entre las ondas se escondia
Con celages de nácar y zafiros;
El viento murmuraba entre las ramas
Del verde sauce y del gigante pino;
Pero tan ledo pasa entre sus hojas,
Que remeda su aliento los suspiros
De un alma errante que persigue en vano
La leve sombra del amor perdido.
Un perfume de rosas y azahares
Embriaga dulcemente los sentidos,
Un arroyo entre flores se desliza,
Y sentado á la sombra de los mirtos
En éxtasis contemplo á mi sultana,
Cuya sin par beldad, cuyos hechizos
Color le dan á mis amantes ojos
De encantada vision del paraíso.

Las trenzas largas del hermoso pelo,
Al viento sueltas en flotantes rizos,
Ora cubren su angélico semblante,
Ora refluyen sobre el blanco lino
Que ondeante cuelga del cabello al aire,
A merced de las brisas impelido;
De sus ojos purísimos, que solo
El sol de España los miró tan lindos,
Dos torrentes de luz al alma vienen
A sumirla en amante desvarío;
Del talle delicado y elegante
Es tan breve el contorno peregrino,
Como pequeño el pie, que apenas guarda,
Un cordobán delgado y amarillo.
Un perfume amoroso se desprende
Del encendido labio purpurino,
Y en sus brazos y manos delicadas,
Envidia de la nieve y los armiños,
El todo incomparable se completa
Que mas que humano, celestial prodigio
Se muestra á las atónitas miradas
Como encantado ó fabuloso tipo.
Dos lágrimas ardientes se deslizan
De su megilla entre el carmin y el lirio,
Y en sus facciones puras se retrata
La cruda pena y el dolor mas vivo.
Lumbrera de mis ojos, tus pesares
Son á mi pecho sin igual martirio,
Y gustoso la vida te ofreciera
Si á dar bastase á tu congoja alivio.
Mas ya que de la suerte los rigores
No pueden aplacar mis sacrificios,
Y que con lazo igual unió fortuna
Para amargarlo mas nuestro destino,
Porque el amor que nuestro pecho encierra
Es á tus ojos un profundo abismo,
No te niegues al menos á escucharme
Cuando por prendas de tu amor deliro,
Y déjale á mi pecho la esperanza
Que aun hoy, sultana, con fervor abrigo,
De que tiempo y razon serán bastantes
A dar á nuestra suerte nuevo giro.
¿Siempre esclava has de ser de tus temores?
¿El impulso á seguir de tu albedrío
Nunca te atreverás? Hoy vil juguete
De la fortuna somos al capricho,
Mas de ti sola nuestra dicha pende,
Y al eco de tu acento peregrino

Cuantos azares nuestro bien estorban,
 Cual humo por los vientos esparcido
 Desparecen, borrándose las huellas
 Del fiero mal hasta en nosotros mismos.
 Por el silencio y el amor guiados,
 Ante el altar de la ventura unidos,
 Guardará nuestra dicha del misterio
 El aliciente poderoso y vivo;
 Bajo sus pardas alas protectoras
 La emponzoñada envidia no halla asilo,
 Y en un mar de ilusiones embriagados,
 Por un amor inmenso compelidos,
 La imagen del eden que apetece
 Haremos de la tierra en que vivimos.
 Mas, ¿por qué siempre me abandono ¡ay triste!
 De sueños tan hermosos al delirio,
 Y hasta la misma realidad no basta
 A borrar la ilusion por que suspiro? . . .
 Cuando procuro divertir tus penas,
 Como tu afan por mi congoja mido,
 Presumo que daré con mis cantares
 Consuelo ó distraccion á tus sentidos;
 Mas al pulsar de mi laud las cuerdas,
 No encuentro notas que imitando el brio
 De los valientes que en el campo lidian
 A mi turbada voz presten sonido.
 Los fantásticos cuentos orientales,
 De tanta gala y tan pomposo brillo,
 Solo al salir de entre mis labios pierden
 Todo el matiz de sus colores ricos.
 Solo penas de amor que otros sufrieron
 Y que cual propias al contarlas miro
 Hallan un eco en mi doliente lira,
 Y armonizan mis ayes doloridos.
 Escúchame, sultana, por si alcanzo
 A templar el rigor de nuestro sino,
 Y haga el profeta que mi acento lleve
 Compasion para entrambos á tu oido,
 Ablandando tu pecho á mis razones,
 Hijas tan solo del amor mas fino.
 La historia que te cuento es nuestra historia,
 Tú la beldad que enamorado finjo;
 Soy yo el amante cuya dura pena
 No halla paz ni descanso en su martirio;
 Y en los objetos que á tu amor consagro
 La universal admiracion consigno
 Con que te adoran cuantos ven, sultana,
 De tu angélico rostro los hechizos.

Baron de Fritz.

UN MISTERIO *.

El duque, tendido sobre un miserable gergon, sentia con la estremada delicadeza de las naturalezas enfermas, los efectos del flúido eléctrico, de que estaba cargada la atmósfera: cada conmocion eléctrica le producía sacudimientos violentos, mas sus ojos no se apartaban un momento de su uniforme, colocado sobre un banco en un rincon de la choza. Parecía que toda su alma se concentraba en las vivas y febriles miradas que dirigía sin cesar á aquel sitio.

—Bautista; dijo con voz débil, y haciendo un esfuerzo con que parecía gastar lo que le quedaba de vida, ¿qué te ha dicho Larrey?

—El señor mariscal se salvará, dijo el ayuda de cámara, si quiere tomar exactamente esta bebida.

—¡Dámela, dámela!... exclamó el duque incorporándose un poco y alargando la mano. Beberé agua salada.... tragaré fuego.... quiero vivir.... para vengarme....

Bautista no lo entendió, y el enfermo se volvió á dejar caer, estropeado y abatido por el dolor y su excesiva emocion. Un sueño pesado, profundo, casi letárgico, se apoderó de él, y únicamente se interrumpió el silencio de la choza por quejidos sordos y sofocados.

Acababa Bautista de atizar los carbones casi apagados de un brasero, y de encender un mal candil, que amenazaba apagar á cada momento el viento que se introducía por las junturas de la puerta, cuando lo sorprendió un ruido desconocido; el de un carruage que se oía á lo lejos, y se acercaba indudablemente á la choza. Entonces salió fuera, y percibió, á la luz de un relámpago, una silla de posta conducida con precaucion por entre árboles arrancados, casas destruidas, y los vestigios del combate que obstruían el camino, que venia en direccion de la choza, y que al llegar á corta distancia de ella se paró. El postillon se bajó, abrió la portezuela, y Bautista vió bajar una señora envuelta en un gran manton de abrigo, que se dirigió á él.

—¡Vos aquí, señora duquesa! dijo Bautista atónito al reconocer á su ama.

—¿Dónde está el duque? preguntó la mariscala. El francés que me ha traído me ha asegurado que estaba en una pobre habitacion, situada en medio de una vasta llanura, y que me podía conducir á ella.

—Allí está.... respondió el ayuda de cámara señalando la choza, y la señora ha hecho muy bien en venir al lado de monseñor, porque me parece que está muy malo.... y temo mucho una desgracia esta noche.

En este momento estalló con toda su fuerza la tempestad, sonó un violento trueno, la duquesa dió un grito de espanto, al que respondió uno de dolor en lo interior de la choza, y entró precipitadamente en ella seguida de Bautista. El mariscal estaba sin sentido, inundada de un sudor frio su lívida frente, encajados los dientes y los ojos abiertos y fijos: la tormenta habia anticipado el terrible acceso previsto por el hábil cirujano.

—¿Qué hemos de hacer?... exclamó la mariscala, de cuyo corazon borró la compasion todo otro sentimiento á la vista de aquel padecer.

—Darle de hora en hora una cucharada de esta bebida, contestó Bautista

* Véase la Revista anterior.

señalando el frasco; pero acaba de tomar una ahora mismo, y hasta dentro de tres cuartos de hora no se le ha de dar otra.... De esto depende su vida, segun me ha dicho Mr. Larrey; la menor omision le puede causar la muerte.

—Está bien, repuso la duquesa mirando su reloj y poniéndolo sobre la mesa; yo me encargo de ello. Id á decir al postillon que desenganche los caballos y espere; tal vez podremos llevar mañana al duque fuera de este horroroso sitio.

Bautista se fue, en efecto. Una lluvia fria que caía á torrentes habia cambiado la atmósfera, y al abrir el criado la puerta para marchar penetró por ella una corriente de aire húmedo que heló á la pobre duquesa, que se arropó con su manton, se sentó junto al lecho de su marido y aguardó la hora de suministrarle el salutífero brevage. Violentas ráfagas de viento soplaban al rededor de la choza, que parecia la iban á echar á tierra; los chubascos azotaban sus costados, y el agua que daba en los vidrios de una ventana aumentaba con su monótono ruido la tristeza de aquella lúgubre escena.

La duquesa tenia un miedo espantoso: fatigada con el cansancio de un viage rápido y penoso, se hallaba en aquella disposicion de alma y cuerpo, en que las mas estravagantes ilusiones parecen casi realidades, en que se apodera el terror del ánimo mas firme, en que estando uno despierto siente las terribles emociones de los ensueños. En esta disposicion, y sin poderlo al principio comprender, oyó una voz ronca pronunciar su nombre casi á su oido, acompañado de una horrible maldicion....

—¡Miserable! continuó diciendo la voz; ¡engañarme!... ¡venderme cobardemente!... ¡en ausencia mia!...

Y enderezándose el duque de repente, tirando la ropa de la cama, como un muerto que sacudiera su sudario, se volvió hácia su muger, fijando en ella sus espantados ojos, sin verla. La duquesa aterrada quiso huir, pero le faltaron las fuerzas y volvió á caer en su asiento.

—Escucha, le dijo el duque agarrándole la mano, todo lo sé.... ¡La infame se ha entregado á otro.... entregado.... lo entiendes!... ¡Todo me lo ha robado, su fe, que no era suya.... mi honor, que era mio!... Su fe, ya no la quiero.... es la fe de una muger perdida.... pero mi honor, yo lo vengaré.... Hay sangre entre esa muger y yo.... y esa sangre es la suya.... ¡La mataré!... Soy su juez delante de Dios.... seré su verdugo delante de los hombres....

Y profiriendo en seguida una horrible blasfemia, puso al cielo por testigo de su juramento.

Estefanía se moria; sujeta su delicada mano, como con tenazas de hierro, por la nerviosa del mariscal, sentia un dolor agudo, que era lo que le impedia desmayarse, mas al momento se abrieron los dedos del moribundo, y se cerraron sus ojos; el espasmo habia pasado y la duquesa estaba libre. Entonces se levantó, y agarrada de las paredes se dirigia tambaleándose á la puerta de la choza, cuando al pasar por junto á la mesa en que estaba la luz, fijó á un mismo tiempo la vista sobre el frasco que contenia la salvacion del mariscal, y sobre el reloj, cuyas horas eran el escollo de su destino. Era justamente la hora en que debia tomar la bebida, y en el alma de la infortunada duquesa se empeñó un terrible combate. Aquel esposo ofendido, que sabia su crimen, estaba allí, á merced de la que habia jurado hacer morir: dejarlo sin auxilios, la salvaba.... devolverle la existencia, era condenarse á la muerte.... mas el alma de aquella noble muger no sucumbió en esta lucha cruel. Con un movimiento

de sublime resignacion tomó la botella, se acercó al moribundo, y derramó algunas gotas en sus apretados y descoloridos labios, que recobraron al momento el color de la vida, que estaba próxima á desaparecer.

A esta horrorosa escena sucedieron algunos instantes de silencio, mas el drama no estaba terminado, y la duquesa debía presenciar su mas terrible peripecia. Despues de haber cumplido el sagrado deber que le imponia su honor; despues de haber detenido en el borde del sepulcro á su verdugo, como él se llamaba á sí mismo, se despertó en ella el instinto tan natural de la propia conservacion: quiso huir de aquella fúnebre estancia, y se fue hácia la puerta para escaparse; mas al hacerlo, se sintió cogida por el vestido, y llevada otra vez junto al moribundo por una fuerza irresistible. El mariscal, cuyos ojos denotaban que habia recobrado la inteligencia y la razon, dió un grito de sorpresa al ver á su muger á su lado.

— ¡Estefanía aquí! exclamó con feróz é irónica risa; ¡Estefanía!... ¡la honrada y virtuosa Estefanía!... ¡la esposa fiel y prudente, que venia á presenciar las convulsiones de mi agonía, para regocijarse despues con su amante!... ¡Por el infierno, añadió, que ha de gozar de este espectáculo!... por esta vez, cambiaremos de papeles.... porque no seré yo, sino ella, quien va á morir!

— Señor, dijo la duquesa arrodillándose junto á la cama; estais engañado.... oidme....

— Señora, contestó el duque, las palabras engañan muchas veces..... pero tengo otra cosa mejor que palabras.... tengo escritos.... escritos que reconocereis sin trabajo, cartas que sin duda os habrán hecho derramar lágrimas muy dulces.... porque son de mano de vuestro cómplice....

La duquesa conoció que estaba perdida.

— Sujeto, hace quince dias, en este lecho de tormentos, continuó diciendo el mariscal, creian que deliraba cada vez que pedia con las manos cruzadas ese uniforme que me habian quitado para curarme; pero ya hoy tendré fuerzas para tomarlo yo mismo, porque tengo mi razon para confundiros, y mi brazo para castigaros.

A esto siguió una lucha espantosa, inaudita, entre los dos actores de este lúgubre drama. El duque se habia tirado de la cama, lleno de sangre y casi desnudo, arrastrando tras sí á la duquesa, que se colgaba de su brazo, para que no pudiera llegar al banco en que estaba su ropa; y á pesar de sus esfuerzos, iba aquel ganando terreno hácia el objeto á que le dirigian su rabia y su venganza. Repeliendo al fin á la duquesa con un estremado movimiento de furia, alcanzó su uniforme, lo desgarró para apoderarse mas pronto de los terribles papeles, los cogió por último, se acercó á la luz, y dando un grito de rabia al verlos, exclamó:

— ¡Maldito sea el infierno! ¡los bandidos me robaron mis cartas, y me dejaron los billetes de banco!

Tal fue el paroxismo de la cólera en aquella naturaleza estenuada por la violencia de la calentura y la de sus emociones, que cayó al suelo sin sentido, y como herido de un rayo, y la duquesa, fuera de sí, y casi loca, huyó de la choza. Mas á los pocos minutos, la frialdad del suelo en que estaba tendido el mariscal, reanimó sus sentidos, y dirigiendo á todas partes miradas inciertas y confusas, dudaba si cuanto habia pasado no era un ensueño espantoso, hasta que su uniforme destrozado, y los papeles esparcidos por el suelo, le hicieron conocer la

verdad. Sus crispados dedos conservaban aun el pedazo de una carta, que los bandidos rompieron con su precipitado esfuerzo, cuando le arrancaron los papeles, y arrimándose a los ojos leyó lo siguiente:

Plaza de Beauvan, casa de Montaran. Allí únicamente tendrán la clave de nuestro impenetrable misterio.

— ¡No está todo perdido! exclamó el mariscal.

En este instante se oyó el ruido de un carruaje que se alejaba rápidamente de la choza.

T. por D. R. de C.

(Se continuará.)

REVISTA SEMANAL.

TEATRO. Cantóse por fin la *Lucía de Lammermoor*, y como dijimos en la entrega correspondiente al núm. 21, «que esperábamos oír la ópera, para hablar de ella,» preciso será que cumplamos con nuestro empeño. La terminacion del segundo acto, su rondó y aria final, grande celebridad le han dado, por mas que nosotros no creamos que su composicion en general esté perfectamente acabada. Quizás algunos se reirán de nuestra calificacion, pero tal es nuestro humilde concepto; y queremos añadir, que el referido final, por sus inverosimilitudes y culminantes situaciones particulares, no puede desempeñarse debidamente, ó que no habiendo en él la filosofía necesaria, su música ha de carecer de language propio; y que las otras dos piezas valen tanto, como valgan los que las desempeñaren: el rondó por las *Persianis*, y la aria por los *Rubinis* son sublimes; en otro caso, medianías, ó del todo indiferentes. No se nos diga que lo mismo sucede con todas las composiciones, porque no sería exacto: si son buenas, aunque indudablemente á su vez se cantarán mejor ó peor, bien ó mal, siempre se distingue de quién es el defecto no teniendo *calderones* ó *ad libitum*; porque sabido es que un calderon equivale á decir, que se canta segun las facultades, ó que el cantor puede determinar, no solo el lustre y brillo de la pieza, si que tambien algunas veces hasta el pensamiento y espíritu de la composicion. La misma ópera nos ofrece á toda luz un egemplo práctico en el alegro de la aria del bajo ó barítono de primera escena; en él nada se ha dejado á la voluntad del cantor, y siempre agrada, aun cuando no se egecute con brillantéz; pero su *motivo* no es el del autor, y sí un reflejo con el mismo aire del tan célebre *tanti palpiti* del *Tam-Credo*, de la aria *mille vite* de las *Vestales*, y del quinteto de la *Cenerentola*, es decir, un pensamiento del inmortal Rossini. La *Lucía* va á descender al archivo; honrémosla, ya que tan buenos ratos ha dado al mundo filarmónico; y porque al fin una ópera, por mas que su composicion no sea completamente feliz, es siempre un trabajo de tal magnitud que no todos conocen. Miles de profesores existen, y pocos, muy pocos, se determinan á escribir una ópera.

En cuanto á su egecucion poco discrepamos en lo esencial de la opinion sentada por el ilustrado *Eco literario*; y por lo mismo preferimos copiarla, que no espresar el mismo concepto con diferentes palabras. «En el duo de tenor y tiple, el señor Castells, valiéndose, á nuestro entender, del recurso de algunos apuntes, egecutó como era de esperar de un artista que comprende y sabe decir cuando canta en su verdadera cuerda, luego salió felizmente de su *maledetto*, si bien dando una patada que calificamos de mal gusto para espresar la desesperacion trágica, y tras cantar débilmente el duo con el barítono, terminó su mision con el aria final, oida en medio de un silencio bastante significativo. — En órden á las restantes partes escusaremos repetir lo que ya apuntamos cuando se oyó la mitad de la ópera.» Y si bien la referida *Redaccion* halla

las dificultades en el papel de *Edgar* por la voz poco estensa del que lo ejecutó, nosotros tambien las encontramos en la misma composicion, porque *desesperarse y cantar* no lo vemos muy fácil. Debemos tambien añadir, con respecto á la señora Cattinari, que ha continuado siendo tan feliz en su rondó como dijimos en el núm. 21; y por mas que últimamente no ha sido tan aplaudida como merece, débese á que no siempre el respetable público está de humor de menear las manos, ó á caprichos, *pero cien aplausos no hacen que lo malo sea bueno.*

Los Puritanos. Por primera vez en nuestro teatro se ha oido esta ópera sin trasportes, ó su partitura como es en sí, cantando la señora Cattinari con una limpieza y puntualidad admirable, pero los caprichos que habíamos oido, aun fascinaron. Es una calamidad, que por algunos se quiera preferir lo que habíamos oido, ó que por pocas facultades no se habia podido decir, á lo que Bellini escribió, ó lo que un tan célebre autor dijera: no lo comprendemos, mejor dicho, no lo queremos calificar. El señor Font emprendió con decision, que le honra mucho, lo que únicamente grandes tenores pueden ejecutar, y por mas que ni en un solo punto le faltaron sus hermosas facultades, el público queria oir cómo antes habia oido; lo comprendió el actor, y en la segunda representación con la *media voz*, cuyo desempeño le es especial, y con mucho menos trabajo, atravesó entonces la mala situación en que se le habia colocado con aplausos, que de buena gana al primer dia le habríamos dado. Segarra dijo bien, muy bien, todos los andantes.... y acabó la ópera con frialdad. ¿Pero se cantó bien ó mal? En general, bien; y para probarlo podríamos aducir muchas razones.

Llegamos á la *Gran Fantasía*, por el señor Zerilli, que en Barcelona tantas distinciones le valiera, y hé aquí cómo la juzgaron los periódicos de aquella capital. «El capricho fantástico que el señor Zerilli tuvo á bien dedicar á la *sociedad filarmónica* es uno de aquellos trabajos, de los cuales son solo capaces los profesores que conocen teórica y prácticamente, y muy á fondo, el efecto de la instrumentacion; el solo de requinto que sigue al primer tiempo es garantía digna de mas alabanzas que las nuestras; en él hay canto, hay nervio, fuerza de instrumentacion; pero no aquella fuerza que atruena y atonta al espectador, sino aquella que llegando gradualmente al oido hace probar la sensacion que infundió naturaleza en el alma. Un tiempo de *polaca* para toda la orquesta separa dicho solo de otro del corno inglés, siendo la base de este tiempo uno de aquellos cantos italianos que nos recuerdan al malogrado Bellini. En él demostró el maestro su genio y ciencia; pues mientras el canto de un instrumento tan delicado está en la orquesta, las respuestas que hacen los instrumentos de laton desde la escena, ni un momento impiden que sea sentido el pensamiento principal que, enlazado y conducido con gran maestría, forma el mas hermoso tiempo de la fantasía. Una repeticion del primer motivo por *canon griego*, donde poco á poco van entrando todos los instrumentos, produce un efecto sorprendente; entonces conoce el oyente que hay dos bandas y una orquesta que tocan juntas. Interrumpe á éste un canto guerrero de trompas, trombones y ofigles muy bien enlazados con la orquesta y los de la escena; el cual, seguido de un tiempo *á manera de fuga*, da fin á la fantasía del señor Zerilli. Si estas son vuestras fantasías, continuad siempre así, apreciable maestro, y os aplaudiremos de corazon. Vos no necesitais de nuestros elogios, mas no por esto desdeñareis nuestras sinceras felicitaciones, menos aun uniendo, como sabemos que unís, la modestia al mérito. Bravo, pues, señor maestro; bravo tambien á la orquesta, y bravo últimamente á nuestras bandas; todos dignos de verdadero elogio, pues teneis verdadero mérito. Mengua á los envidiosos que en lugar de componer solo saben criticar....»

En otro periódico se dijo: «El señor Zerilli dirigió con admirable acierto la ejecucion del gran capricho fantástico arreglado para ciento cinco músicos, compuesto espresamente para estrenarse el Teatro Nuevo. El público aplaudió con entusiasmo esta bellísima pieza dedicada á la sociedad filarmónica de esta

capital. Su autor mereció el obsequio de que se le presentara una hermosa corona, y de que circularan por el teatro varias poesías en español é italiano en elogio de su aventajado talento."

Nada podemos añadir al concepto emitido sino unir un *bravo* mas á los que principiaron en Barcelona, que se secundaron en el teatro de esta capital por la noche del 7 de este mes de Febrero, y que con entusiasmo resonarán en donde debidamente se oiga el gran *capricho fantástico* del señor Zerilli. Los diarios de Barcelona felicitaron tambien á los señores Moreno y Gregorich por sus solos de requinto y corno inglés, y nosotros solo podemos felicitar al señor Comellas por su solo de viola.

A beneficio del mismo señor Zerilli se cantaron varias piezas. La romanza de la ópera *Normani á Parigi* por el señor Gironella fue bien egecutada y muy digna de aplausos: el señor Segarra cantó el aria de la *calumnia* con inteligencia y gusto diferente al que habíamos oido; pero como siempre, lástima da que se convierta en sainete la tan preciosa ópera del *Barbero de Sevilla*: el juguete cavatina de la *Linda de Chamounix* fue desempeñada con el acierto y gracia inherente á la señora Cattinari: felicitamos al señor Fuentes por su salida en la escena de los *locos* del *Ritorno di Columella*, pero no al coro que se cantó de *broma*, sabiendo y debiendo egecutarse mejor; y por último, la *Redowa apokada* nos hizo olvidar las *gallegadas*, y caprichos de mal género unos, y otros que por figurantes no pueden desempeñarse.

Así como, segun un poeta, llueven bofetones, han llovido beneficios, pero tristemente. *El Zeloso y la Tonta*, la *Duquesita*, y la *Condesa de Senecey*, despues del célebre *Juan Sintierra*, se han puesto en escena. Por hoy no nos podemos ocupar de piezas tan miserables, escepto la *Condesa de Senecey*, que en nuestro concepto es una buena composicion; y ojalá que todas las comedias tuviesen la moralidad que encierran las últimas palabras del conde á Amelia. «No profane usted con su presencia la habitacion de mi esposa: váyase usted de mi casa inmediatamente." Todos los actores en una determinada pieza se distinguen, pues la señora Valero de esta regla general es una escepcion, porque se distingue en todas, y solo nos pareció menos bien en la *tonta*, de su beneficio. En la *Duquesita-Duquesito* hizo cuanto puede hacerse en su género comun de dos; y de condesa de Senecey está como siempre. El señor Guerra ha desempeñado tan bien sus papeles como las composiciones permiten, y la señora Rimbau ha hecho con acierto la *Amelia*. Mucho nos ha agradado el señor Perez en *Fortuna contra fortuna*, celebrando haber visto una vez á las *Trapisondas por bondad* por elogiar el feliz desempeño de protagonista por el señor del Rio; lo ha hecho admirablemente; pero no así en el *Héroe por fuerza*.

El *Attila* ha muerto por esta temporada, y lánguidamente descendió al repertorio por el despegó con que se desempeñó. Esperábamos, sin embargo, que se aplaudiera al señor Castells por el andante en su aria de salida, porque estuvo sumamente feliz y acertado; pero en vano, en nuestro teatro los andantes entran por poco, y á muchos ocupan los cantabiles, agudezas y bravuras, aunque á veces sean intempestivas. Con buen éxito se puso en escena el acto final del *Hernani*; y si aplausos siempre merecieran Cattinari y Castells, no así Segarra que en el último período del terceto estuvo desentonado, lo que remedió en la posterior repeticion. Cierta enfado nos causó que á beneficio del Hospital se cantara la salida de tiple del *Hernani*, porque bastan y sobran comparaciones; pero al saber que fue un compromiso que la Cattinari se vió contra su voluntad, obligada á aceptar, nos tranquilizó. En su segunda repeticion justamente mereció ser llamada á la escena para recibir extraordinarios aplausos y bravos.

Al enviar este escrito á la caja vamos á oir para otro beneficio un *pot-pourri* de óperas, ó una funcion compuesta de actos de las óperas del *Moisés*, *Macbeth* y *Hernani*: está visto que todos los beneficios han de ser, en esta temporada, de mal género. Hablaremos de lo que suceda, así como nuevamente trataremos de todos los actores líricos y dramáticos, cuando la raza pueda ser friamente

meditada; pero prometemos hacerlo siempre y cuando no se nos obligue á pedir un *permiso*, cuyo importe se ignora, hacer un *depósito*; y no se nos dé un *tanto por ciento* por la composicion, segun en el nuevo arreglo de teatros se previene. Nuestros lectores lo habrán leído; pero en otro caso han de saber que en Madrid habrá un *teatro con muchos teatros*, y que el mismo y mismísimo podrá haber en las *poblaciones* de provincia, y por la *misma mismísima* razon dudamos si en adelante podremos hablar ó revistar á un tiempo los cuatro ó cinco teatros.

Es el primero (además del *teatro español*, en el que no se sabe lo que se hará) el *teatro del drama*, en el que solo podrán representarse tragedias, dramas, los llamados melodramas y comedias de *mágia*: ¡tragedia y *mágia*!!! sea en hora buena; pero difícilílima será la clasificacion de los *llamados* melodramas, y de los románticos-dramas. Segundo, *teatro de la comedia*, en el que podrán representarse todas las obras que no sean tragedias, dramas ó melodramas: esto es muy claro; ¿qué es comedia? lo que no es tragedia; ¿y tragedia? lo que no es comedia, pero los *llamados* nos dejan alguna duda. Tercero, *teatro lírico español*, en el que se podrán cantar los poemas escritos ó traducidos en lengua española, con tal que no sea de la italiana; como por egemplo *La Vuelta del soldado*; *Los Majos de rumbo*, *La Gitana*, *El Sacristan de san Lorenzo* y *Las Venganzas de Alifonso*, bien que estas últimas zarzuelas son de música italiana, y no sabemos si al referido teatro le será permitido entender en el asunto. Y cuarto, *teatro lírico italiano*, en el que se egecutarán todas las *particiones* (¡particion!!! bonita palabra), originalmente escritas en italiano, y claro es que los Meyerberes con su teatro aleman tienen que ir con la música á otra parte: bien hecho, basta ya de armonías, porque es mucho mas lindo y divertido oír las *cornicopias* de la tonadilla del *Presidiario*, ó al señor Salas disfrazado de muger, cantando por esos mundos de Dios una aria bufona, que las profundas profundidades y pesadeces de Mossard y comparsa.

Ahora bien, ¿despues de una tan meditada y magnífica *particion* podrán los folletinistas y *revistadores* hablar de los *cinco teatros* á un tiempo? No se nos diga que ya se contentarán con *dos pesetas*, como dijo el poeta del honor de la consabida; no señor, lo mandado ha de cumplirse; y en asunto tan grave no hay que esperar alteraciones, aclaraciones ni ampliaciones; y por lo mismo bueno será que nos demos prisa á escribir como hasta aquí, y tanto mas, cuanto el teatro material, es decir, el teatro de esta capital, va á cerrarse por mas que se abran los espresados *cinco teatros*.

Si los autores y actores se juntaren y dijeran: nosotros percibiremos el tanto por ciento de todas las composiciones por malas que sean y de origen traspi-renáico, y para vosotros se depositarán dos mensualidades, y para mayor seguridad, y á fin de que podais pedir á discrecion, en los Liceos se pasará el tiempo jugando á juegos de prendas, no podria ser mejor la *reparticion*; pero se deberia convenir con el público y con las empresas; con éstas, porque no querrán depositar crecidas cantidades, y mucho menos fuera de un banco, y con el público, porque insensiblemente se ha hecho *melodrá-dramá-magi-tragi-coreo-gráfico*, y lírico á la española-italiana-francesa-alemana, y todo por poquísimo dinero; y en otro caso no va, y con la mayor tranquilidad retrocederá á los tiempos de Maricastaña.

Pero sea lo que fuere, es lo cierto, que la sociedad dramático-lírica de esta ciudad, que á duras penas, perdiendo su dinero por falta de entradas, malas composiciones y salarios tan altos de los actores, queria continuar, para que continuase abierto el teatro de una capital de primera clase ha terminado; los cuarenta mil y pico de reales por alquiler á favor del Hospital están por los cerros de Ubeda; muchas familias que del teatro vivian á la merced de actores, y éstos con dos *cuaresmas*, una para bien de su alma, y otra en alivio de su cuerpo. Sin embargo, creemos que se están dando pasos por las autoridades para acudir con ajustes por temporadas al consuelo de todos. Amen.

El mismo.